

## IV

La Varetti regresó á su casa con palpitaciones. ¿Había venido ciertamente para inscribirse en la escuela de adultos? ¿Por qué había esperado hasta el momento de ser ella la encargada de esta escuela? Le ocurrió en el primer momento ir á preguntárselo al maestro Gavallo, que hacía de Director y recibía las inscripciones; la contuvo, sin embargo, el temor de que adivinase su inquietud y la tachase de pusilánime. Un minuto después ya no había lugar á duda, al ver, por la ventana del patio, que el joven hablaba con el maestro, y que éste le despidió con un movimiento de la mano que parecía recordarle:—A las ocho.—Ella le conocía algo más que de vista: todos hablaban de él en el pueblo. Era un tal Muroi, apodado *Saltaventanas*, porque de muchacho, huyendo en una ocasión de la furia de su padre que quería matarle, había saltado por

la ventana, rompiéndose una pierna contra el empedrado de la calle. Su padre, que trabajaba en una de las fábricas de San Antonio, murió de un golpe de una correa de transmisión, por haberse metido debajo de ella en un momento de embriaguez, después de haber hecho sufrir muerte y pasión á su mujer, una pobrecilla que no pensaba más que en la Iglesia y que trabajaba en una cerrería. El hijo trabajaba en una herrería, solamente cuando tenía gana; se pasaba los días enteros en Turin; había estado un año en la cárcel por lesiones, y había desesperado durante un mes á los guardias civiles, escuriéndose de entre sus manos diez veces seguidas.

Frecuentaba la hez de los malhechores de la ciudad y sus contornos; jugador, borracho, amigo de pendencies y despótico; despiadado con su madre, á quien arrancaba hasta el último céntimo, amenazándola con ir á la Iglesia á armar camorra, ó con estropear las imágenes santas que tenía en casa; y por último, á él se atribuían todas las bribonadas y todas las violencias que se cometían durante la noche en San Antonio, cuyos autores no eran descubiertos.

La maestra Varetti siempre había sentido



horror hacia él, y mucho más de algún tiempo á esta parte, porque bien fuese por simpatía, bien por el gusto de atemorizarla y de confundirla con su mirada, había tomado la manía de clavar sus ojos en ella cuando la encontraba, y aun de pararse para seguirla, mirando, después de haber pasado; y en efecto, la mirada de sus ojos negros, centelleantes, con luces siniestras, le hacía cambiar el color y perdía el aliento.—¿Por qué había venido á inscribirse en la escuela de adultos?—volvía á preguntarse la maestra.—Ciertamente, no por instruirse. Las ideas más tristes cruzaban por su mente. Quién sabe; quizá ofendido por la aversión que ella le demostraba á pesar suyo, quisiera ir á la escuela para vengarse, ó que, interpretando su turbación por efecto de simpatía, quisiera acercarse á ella para conquistarla: ambas sospechas la angustiaban del mismo modo. Ahora le parecía verdaderamente irracional el haberse inquietado antes, cuando aún este individuo no formaba parte de los escolares.

Ahora, sí, tenía razón más que sobrada para estar angustiada. ¿Qué ocurrirá, Santo Dios? ¿Cómo saldría de esta situación apurada?

Y presa de grande agitación comenzó á dar vueltas por el cuarto. Se detuvo un momento ante el retrato de su padre, de militar, colgado en una de las paredes, en actitud de pedirle consejo y valor; luego delante del espejo como para interrogar á su propia imagen si había impuesto respeto ó dado alas á la impertinencia, ó si la habria enfrenado con un movimiento de simpatía ó quizá de piedad.

Nada le respondió el espejo, sin embargo, que la confortase. De veinticuatro años, aun cuando de elevada estatura, no demostraba á lo sumo más que diez y ocho: era delgada, su cuerpo tenía la gracia airosa de una muchacha adolescente; en la parte inferior de su cara, de blancura lechosa, una finura de líneas como de una niña, boca pequeña descolorida y una voz dulce y débil de enferma. ¿Qué autoridad podía tener? Hasta aquel ligerísimo defecto de extravismo que daba á la mirada de sus ojos celestes una vaguedad fantástica, que á muchos parecía seductora, parecíale á ella que se prestaba á bromas y burlas, así como su tez delicada y su gracia señorial, que hacían un contraste demasiado vivo con el aspecto de la gente de la escuela.

Y así estuvo un momento delante del es-



pejo atusándose distraidamente con su larga y blanca mano los cabellos castaños que le caían sobre las sienes, y tratande de buscar cómo habría de disponer su semblante para presentarse en la escuela al día siguiente y conquistarse de buenas á primeras un poco de benevolencia. De pronto se levantó de allí más inquieta que nunca, se acercó á la ventana para examinar con mirada escrutadora á lo largo del camino, donde á través de la niebla de la noche brillaba ya el farol rojo de aquella terrible taberna, que tanto excitaba su imaginación y tan trémula la ponía. Dos golpecitos que sonaron del otro lado de la habitación la sacaron de sus meditaciones.



## V

Era la maestra Baroffi que la llamaba para comer en su habitación. Hacía un mes que comían juntas ellas dos y la maestra Latti; contentándose con la cocina burda de la mujer del peón, que algunas veces les servía también la comida entre escobada y escobada. La Varetti, deseosa de distraerse, se fué allá en seguida, encontrándose á sus comensales ya sentadas á una pequeña mesa redonda en donde la sopera y la lámpara de petróleo se disputaban el espacio, echando humo las dos.

Con gran pesadumbre suya, la conversación recayó sobre la escuela de adultos. La Latti, al atravesar, hacía poco, el pueblo, oyó á un muchacho albañil decir á un compañero suyo, guiñando un ojo:

—Dí, mañana tenemos ya á la maestrita.

Y bromeó á propósito de esta frase, con su amiga.



Su buen humor era, sin embargo, una verdadera excepción de la regla. Le dominaba la monomanía melancólica, que ni su pequeño y enjuto cuerpo, ni su fisonomía morena y vivaracha de gitanilla, dejaban sospechar: se veía enferma siempre, de una enfermedad que cambiaba cada quince días; su cuarto era una verdadera farmacia, y constantemente llevaba en el bolsillo píldoras y polvos; se sabía de memoria el *Médico de sí mismo*, buscaba las recetas en la cuarta plana de los periódicos, sostenía correspondencia epistolar con dos médicos de Turín, y entre otros achaques, estaba siempre atormentada por una tos perpétua, ó más bien por la aprensión perpétua de tener tos, que la obligaba á estar siempre haciendo esfuerzos por vía de experimento, como un cantante que hubiese perdido la voz. A sus alumnas muchas veces les daba como asunto para las cartas, los consuelos que se deben prodigar á los enfermos, ó el hablar de una enfermedad propia. A cada paso, en el momento de comenzar las lecciones decía:

—¡Niñas, esta es una de las últimas lecciones que os da vuestra pobre maestra!

Si pasaba con sus amigas por delante del Campo-Santo, suspiraba:

—¡Allí me esperan!

Las alumnas astutas no tenían más que acosarla con preguntas como esta:

—¿Qué tiene hoy, señora maestra?

—¡Está tan pálida!

Ella, aun encontrándose bien, se ponía horriblemente agitada.

Por lo demás, era buena como el pan, y superior á todas las pequeñas miserias y pasioncillas del mundo escolar: como la que cree estar ya más bien *del lado de allá*.

Era hija de un guardia de orden público.

La Varetti no contestó á sus bromas.

La maestra Baroffi entonces la animó.

—Te envidio, — le dijo, levantando su ancha cara aplastada, con la cabellera descompuesta, y mirando por cima de la cabeza á su amiga, como si hablase con otra persona que estuviese de pie detrás de ella.—Tú podrás estudiar el pueblo. Objeto digno de estudio, nunca bastante profundizado. Podrás llevar á cabo un gran bien. Quisiera estar en tu lugar y créeme, haría lo que quisiera de esta clase. La Gavallo no les comprendía, no sabía tocar las cuerdas... No tiene el don de la palabra, en suma. Pero una muchacha de ingenio y de corazón, debe llegar á dominarlos en cuatro lecciones.



La Varetti movía la cabeza con aire incrédulo.

—Tú eres demasiado teórica,—le dijo.

Y así era en efecto. No obstante sus treinta y ocho años, creía todavía en el obrero de los libros de lectura, que canta los placeres de la honrada pobreza y se compadece de los ricos llenos de cuidados. Enteramente sumergida en la literatura, carecía del conocimiento práctico del mundo, y de base de observación propia y directa de los hombres y de las cosas; era sólo un emporio desordenado y extraño de sentencias de los libros, de conceptos convencionales y de frases estereotipadas, que combinaba á cada paso formando un mosaico para conferencias ideales. La conferencia era en ella un verdadero furor cefálico, por lo cual habiendo abandonado la escuela, habían tenido que relegarla de la ciudad á San Antonio, donde sufría de nostalgia literaria, siempre con el alma vuelta hacia Turín, campo de sus pequeñas glorias pasadas, como á un paraíso perdido. Llegó á tal extremo esta pasión en ella que no podía ver una mesa y una silla sin pensar inmediatamente en una conferencia; hubiera hecho conferencias á los árboles del camino; á sí propia se las hacía en su cuarto; no pensaba

en otra cosa; y todo lo que entraba en su cabeza recogido de la conversación ó de la lectura, tomaba casi espontáneamente la forma de conferencia, como ciertas materias toman una forma dada en una determinada máquina.

En esto ofrecía un caso cierto de cleptomanía literaria: no producía nada original, y no tenía conciencia de ello, robaba sin advertirlo, no hacía otra cosa que quitar la marca á los pensamientos de otro y poner encima la suya, cogía una conferencia de otro, la volvía del revés y la hacía suya, y la creía suya, cuando en realidad no tenía de suyo más que una cierta tintura uniforme lírico-pedagógica, con que solía barnizar todas sus cosas, y la entonación enfáticamente monótona con que la leía, cuando podía, gesticulando, con la nariz sobre las hojas.

Había publicado, años atrás, un libro de lectura que era de punta á cabo un verdadero almacén de objetos de procedencia furtiva, sobre el cual había tenido el atrevimiento de estampar:

*“Derechos de propiedad reservados.”*

Ahora, en aquel sitio de destierro, iba poco á poco acumulando los frutos de un vasto é infatigable saqueo, para cuando vol-



viese á Turin. Únicamente le preocupaba la creciente gordura, y la abundancia de los cabellos grises que, según ella, habían de perjudicarle algo para sus triunfos del porvenir.

La observación de la Varetti no pudo menos de molestarle algo.

—No soy teórica,—repuso.—Tengo más experiencia que tú y conozco mejor que tú el pueblo, y he observado que al pueblo, y particularmente á los obreros, no se les sabe enseñar. El obrero es ingenuo porque es inculto, es bueno porque trabaja, y por lo mismo es fácil para todos los entusiasmos. Es preciso, por tanto, tocarle en el sentimiento de la patria, en el amor de lo bello y de lo grande; hay necesidad de hacer que brillen ante su mente los ideales de la juventud, valiéndose del lenguaje de la niñez. He aquí precisamente lo que no se sabe hacer, y lo que yo haría, querida amiga.

—Dios mío,—respondió con tristeza la Varetti.—¡Cuando te lanzan un insulto al rostro, de bien poco servirán los ideales!

—A mí—contestó la otra,—no me lanzarían el insulto.

La discusión, que iba tomando cierta aspereza, fué interrumpida oportunamente por

la maestra Latti quien después de haber comido como un lobito, dejó caer de pronto el tenedor, exclamando:

—¡Este apetito será mi fatalidad!

Sus compañeras se sonrieron.

—A propósito,—dijo la Baroffi,—me ha dicho Gavallo que ha venido á inscribirse *Saltaventanas*.

Todas lo conocían por la fama.

La Varetti hizo indicación de que ya lo sabía.

—He ahí uno, por ejemplo—añadió la conferenciante,—á quien yo haría llorar como un niño.

—Quisiera verlo,—dijo la Varetti.

—Ya lo creo que lo verías,—contestó aquella.—Á veces esos demonios sueltos que meten miedo á todo el mundo tienen el corazón de niño. No hace falta más que saber buscar el camino para llegar á él. La palabra lo puede todo. Mira como los tiene Gavallo.

Este maestro daba la clase segunda de la escuela de adultos. Pero el ejemplo no encajaba bien, porque en la sección segunda no había hombres hechos. La Varetti además no creía que mantuviera la disciplina en el punto que tanto se vanagloriaba.



Solía él decir:

—En mi clase se oye el vuelo de una mosca.

Y ella, por la noche, desde su mismo cuarto oía un ruido infernal.

—Es muy otra cosa — dijo la maestra Latti, metiendo baza, y reanudando su interrumpida comida, — Gavallo es republicano; le es más fácil contenerlos; el pueblo tiene simpatía por los republicanos.

La Baroffi negó el aserto. Gavallo era republicano de principios y de corazón; tenía en su casa los retratos de Mazzini, de Aurelio Saffi y de Alberto Mario; su padre había sido mazziniano; él se mantenía fiel á los ideales de su padre; pero en la escuela no hacía propaganda; se abstenía tan sólo de las adulaciones y de las mentiras obligatorias.

—¡Ya! es un republicano silencioso — observó la Varetta, — que tiene muy buen cuidado de no comprometerse. La propaganda no entra en sus *cuentas*.

Este juego involuntario de palabras produjo la hilaridad de las otras dos. El maestro Gavallo y su mujer eran conocidos como los dos más apasionados calculistas del cuerpo de maestros; hacían cálculos infinitos sobre los sueldos y sobre los aumentos quin-

quenes propios y de los demás; continuamente estaban ocupados en cuestiones contencioso-escolástico-financieras, estudiando sobre los Boletines de *Monte de pensiones*, sobre los de la *Caja de la Sociedad de profesores*, sobre las memorias de la *Caja de pensiones* del Municipio; meditando propuestas y observaciones que hacer en las reuniones; registrando las "liquidaciones" de sus colegas; discutiendo el presupuesto del Ministerio de Instrucción pública; promoviendo interminables lamentaciones, á dos voces, á propósito de todos los aumentos de gastos que se hiciesen sobre los presupuestos anteriores.

No salían casi nunca de su nido.

Y decíase que empleaban toda la noche en cuentas y razonamientos de este jaez; y añadía la maledicencia: comistrajeando en medio de tantas cifras los embutidos y la cecina que recibían de regalo de los padres de sus alumnos.

Las dos maestras, Latti y Baroffi, se divirtieron buen rato á costa de los dos cónyuges, diciendo que tenían en la punta de los dedos los sueldos, indemnizaciones é imprevistos de todos los maestros del mundo, desde San Petersburgo á la California, cuando oyó la Varetta en el corredor el paso de Gavallo,



que se detuvo delante de la puerta de su departamento.

Mientras ella se levantaba para ir á su encuentro, oyeron llamar á la puerta de la Baroffi la cual corrió á abrir é hizo pasar al maestro que traía en la mano un gran papel.

Era una figura extraña, de poco más de cuarenta años, de corta estatura y rechoncho; cabeza enorme con gran cabellera negra enmarañada, la cara pálida y seria, con dos cortos bigotes, anteojos ahumados y la voz de bajo.

No quiso sentarse. Venía, enviado por su mujer, á traer á la Varetti la lista de los inscriptos en la escuela de adultos.

La maestra cogió la hoja y dió una ojeada: eran cuarenta. Miró el último nombre. Precisamente era el de Muroni, *Saltaventanas*.

Gavallo sacó otro folio más pequeño, en el que estaban divididos los alumnos en dos secciones: los que sabían leer y escribir regularmente y los que comenzaban.

—Sepa usted —dijo,— que hay un nuevo inscripto.

La maestra le respondió que ya lo había visto.

—No se preocupe usted —le dijo el maes-

tro con voz burlona, notando intranquilidad en su semblante;—á ese, lo mismo que á todos los demás se le hace andar derecho de idéntica manera. No hacen falta frases, ni ponerse sentimental. Lo primero que se necesita es franqueza y energía, y mostrar claramente que no se teme á ninguno. El pueblo ama los caractéres fuertes y francos. Yo les tengo á todos los míos en un puño, y no hay quien respire. De todas suertes, si algo ocurriera, mándeme llamar, no tendré que hacer más que presentarme.

La Varetti le dió gracias, con una ligerísima sonrisa irónica; el maestro dió las buenas noches y se encaminó hacia la puerta. En este punto, se volvió para dar á sus colegas una buena noticia. Parecía, que al cabo, el Ministerio se decidía á otorgar una reducción de precios en los billetes del ferrocarril á los maestros elementales.

—¡Ya era hora! —dijo—y se fué.

La Varetti y la Latti se despidieron de su amiga y entraban en sus respectivas habitaciones en el momento que el portero atrancaba la puerta del patio; y la solitaria casa quedó en profundo silencio.